



## Acaso

*Abel González Melo*

Había una vez una muchacha y una vieja. Entre las dos había un espejo. Pero el espejo no servía para que la muchacha viera a la muchacha ni para que la vieja viera a la vieja. Al contrario. A través del espejo la muchacha veía a la vieja y la vieja veía a la muchacha. Pero de todos modos era un espejo, así que cada una se veía a sí misma cuando miraba el cristal. Pudiera parecer que este las aislaba, pero no era así. Al contrario. La muchacha tocaba a menudo el cristal, sonriente y asomada. Entonces la vieja se sentaba cerca, casi junto a este, y desde allí conversaban. Hubiera podido suceder que alguna vez la vieja tocara el cristal para llamar a la muchacha, y entonces la muchacha se sentaría cerca, casi junto a este, y desde allí conversarían. Pero no era así. Al contrario. Por eso la muchacha empezó a creer que a lo mejor la vieja no quería acercarse al espejo tanto como ella. O más bien que la vieja no quería, tanto como ella, acercarse al espejo. O las dos cosas. Pero no era así. Al contrario. De todas formas la vieja hacía su vida de este lado del cristal, trajinaba y nunca llegaba a este salvo cuando la muchacha la llamaba tocándolo con la mano, sonriente y asomada. La muchacha empezó a venir más frecuentemente junto al cristal y a quejarse. Que la vieja llegaba casi a desgana, que no se alegraba de sus visitas, que no la atendía bien, que siempre hacía otra cosa (zurcía, fregaba la loza): que, sobre todo, nunca tocaba el cristal. La vieja sonreía, la invitaba a volver siempre otra vez. Acercaba acaso su mano pero nunca tocaba. Ella conocía las delicias y los abismos del espejo. Estuvo alguna vez del otro lado de aquella delgada lámina y sabía qué deslumbrante podía ser el espectáculo desde allí. Y qué efímera la luz en el recuerdo. Y qué perenne. Y cómo. Y por qué. Por eso hacía su vida de este lado y atisbaba con el corazón en la boca la llamada de la muchacha (tal vez no vuelva ya), pero jamás rozaba la pulida superficie. Allí estaba el deleite y el peligro porque el espejo siempre dice la verdad. Gracias a Dios, aunque a veces un poco inesperada y no siempre en la mejor ocasión, la muchacha se asomaba otra vez, no tan sonriente porque la vieja, en su sobresalto, quizás parecía desganada o molesta. Pero no era así. Al contrario.

Abel González Melo (La Habana, 1980). Licenciado en Teatrología por el Instituto Superior de Arte, donde hoy es profesor de Dramaturgia. Ha publicado los libros de cuentos *Memorias de cera*, *Perderás la tierra* y *La casa del herrero*, *Temor del que contempla* (poesía), *La gansa de plata* (teatro) y el cuaderno de crónicas *Cada vez que te digo lo que*



*siento. Cercanías con Abelardo Estorino.* Ha obtenido, entre otros, los premios nacionales Calendario, Dador, José Jacinto Milanés, Luis Rogelio Noguerras, Mario Rodríguez Alemán y Fronesis. Su pieza teatral *Chamaco* obtuvo en 2005 el Premio de Dramaturgia de la Embajada de España en Cuba. Ha trabajado como asesor dramático en Teatro El Público y Origami Teatro. Es editor de la revista *Tablas*.

